



CAPÍTULO XXX

La venerable Madre de Chantal cuida de sus hijos y nietos hasta su último suspiro.

ENTRE la numerosa correspondencia de la santa Madre de Chantal durante los años que acabamos de recorrer, y en medio de los detalles interminables sobre las fundaciones y las obras que absorbían su heroica vida, se encuentra de repente la siguiente esquelita con fecha de Enero de 1631. Está dirigida á la Condesa de Dalet, que acababa de entrar en la Visitación, y que, nombrada Superiora de Montfertrand al otro día de su profesión, había sabido poco después la muerte de su madre, á quien había confiado el cuidado de sus hijos, que había dejado en el mundo.

«En fin, pobre y querida Hermana mía; acabo de saber la muerte de vuestra buena madre; no dudaréis de mi sentimiento con esta noticia, como yo no dudo del vuestro, ni de la sumisión con que aceptáis la voluntad de Dios. ¡Oh! Teresa, Hija mía muy amada, verdaderamente Nuestro Señor os trata como me ha tratado á mí. Casi al momento que tuve la dicha de profesar, me llevó Dios á mi buen padre, al que había yo dejado el cuidado de mis hijos. Y como el Señor me había hecho la gracia de darme á nuestro venerable Fundador por padre, consolador y director de mi alma en esta aflicción,

creo que debéis tomar para vos los consejos que á mí me dió, y hacer por vuestros hijos lo que me mandó hacer por los míos; es decir, que cuidéis dulce y maternalmente del gobierno de sus negocios. Dios os dará luces, tiempo y bendiciones para una y otra maternidad (1).»

No eran los solos consejos de San Francisco de Sales los que la Santa hubiera podido dar por guía á la señora Condesa de Dalet, sino la muy prudente de su propia conducta. ¿Quién llevó nunca más noble y dignamente el peso de esta noble maternidad? ¿Quién mejor que nuestra Santa encontró luces, tiempo y bendición para gobernar cristiana y tiernamente á las dos familias que Dios le había dado? Abrumada con los cuidados y fatigas de una, no por esto olvida jamás á la otra. Siempre es la mejor, la más tierna, la más vigilante y más infatigable de todas las madres. Conserva, bajo el hielo de la edad, un corazón joven para sus hijos y sus nietos, sin que nada sea capaz de enervarle ni envejecerle.

Detengámonos por última vez delante de este grande y dulce espectáculo, y tengamos el placer de ver cómo veló la Madre de Chantal hasta el fin por la felicidad temporal y eterna de sus hijos. ¡Ay! su número se ha disminuído mucho. De los seis hijos con que Dios había bendecido su santo matrimonio, y que con su nacimiento habían regocijado los hermosos años de su juventud, no le quedan más que dos; los demás los ha dejado sembrados, digámoslo así, á lo largo de su carrera. Sus dos mayores murieron en la cuna; Carlota falleció á los diez años, y María Amada á los diecinueve. Aún quedan dos, Celso Benigno y Francisca. De aquí á poco ya no habrá más que uno. Esta es la vida.

Francisca se casó, como hemos visto, en el año

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, edición Migne, pág. 1628.

1620 con el Conde de Tculongeon. Le amaba y era muy amada de él. Además, era un gran señor, rico, considerado y admitido en la más alta sociedad; de suerte que reunía á un tiempo todas las felicidades. Pero ¡cómo sabe Dios mezclar el dolor con nuestras más puras alegrías! Ya había tenido Francisca dos hijos, muy deseados los dos, nacidos antes de tiempo y muertos los dos en la cuna. Estaba embarazada del tercero, pero con la inquietud y el temor que es fácil comprender.

La santa Madre de Chantal había participado de todas las emociones de su hija. A cada nuevo embarazo, había dejado ver su alegría; á cada nueva muerte había enviado á Francisca, con la expresión de su dolor, todos los consuelos que puede encontrar el corazón de una madre y el corazón de una Santa. Inquieta más que nunca esta tercera vez, y mucho más de lo que manifestaba, y pudiendo pasar por Alonne al ir á la ciudad de Ancey desde París, lo hizo para abrazar á su hija, participándole iría á su castillo de Toulongeon, que estaba en Alonne (1). Entonces se vió brillar la veneración de que era objeto la Santa aun por parte de sus mismos hijos, y el afecto tierno y profundo con que los amaba su santa madre.

Cuando Francisca, que estaba enferma en la cama, supo que su bienaventurada madre estaba cerca, se vistió de prisa, y aunque estaba embarazada de ocho meses, fué á recibirla arrastrándose de rodillas, sin que pudieran impedirselo. Se temía que se hiriese, y que su hijo pudiese recibir grave daño; pero persuadida Francisca de la santidad de su madre y de que podría alcanzarle un parto feliz, se empeñó en ponerse de rodillas. La Santa la levantó profundamente conmovida, y Dios

(1) Alonne, situado en el territorio de la Chapelle-sous-Uchons, á dos leguas de Montcenis y á tres de Autun. Alonne fué erigido en condado con el nombre de Toulongeon, en 1631.

oyó sin duda alguna la petición que entonces le hizo, pues aunque Francisca volvió á tener malos partos, esta vez dió á luz una hermosa hija, Gabriela, lo que todos tuvieron por prodigio (1).

La Madre de Chantal había salido hacía un mes, y estaba ocupada en fundar un monasterio en Dijón, cuando supo la noticia; bendijo á Dios por este beneficio y felicitó á su hija; pero aún fué mayor su alegría cuando dieciocho meses después supo que Francisca había dado felizmente á luz un hijo. «Dios sea bendito para siempre, hija mía querida— le escribe al instante.— Tu primo me asegura que has dado á luz con toda felicidad un hijo. He alabado y dado gracias al Señor con el mayor afecto. Imagínate cuál habrá sido mi gozo con este motivo; pero ya nos veremos, Dios mediante, y hablaremos despacio sobre esto. ¡Dios bendiga mil veces á la madre y al hijo!» Y después de la ternura de madre viene el afecto de Santa. «Cuidate, hija mía, y hazte cada día más agradable á los ojos de Dios, en reconocimiento de tantos beneficios; envíame noticias tuyas; hace mucho tiempo que no las tengo (2).»

Por su parte Francisca estaba contentísima. Gozaba de honores, fortuna, consideración, juventud. Dios le había dado, además de una hija encantadora, un hijo que perpetuaría el ilustre nombre de su esposo. Todos los dolores se habían olvidado, y lo porvenir aparecía radiante de felicidad. El mundo, al que siempre había amado, le parecía más amable que nunca. Momento peligroso, en que es posible perder la cabeza y quedar cautivos de las seducciones de la tierra. Así ¡con qué

(1) La que casó con Bussy-Rabutin.

(2) Migne, *Cartas nuevas*, pág. 1567. Pero la carta no es de 1630, pues que en ella se trata del hermano de la Condesa de Toulangeon, Celso Benigno, que murió en 1627. Debe ser de 1627, porque se habla de un sitio en que el señor de Toulangeon y Celso Benigno se encuentran juntos, y este sitio debe ser el de la Rochela.

celo, con qué afán la vigila su Santa madre! Temblando siempre por su salvación, hace que todos y en todas partes la encomienden á Dios. Todas las cartas de esta época tienen la misma postdata. A la Madre de Chatel, por ejemplo: «P. D. Encomendada á Dios á mi hija, y haced que la encomienden. Tiene mucha necesidad de ello. Su esposo está aquí con ella.» A la Madre de Mouxy: «P. D. Os ruego que encomendéis y hagáis que nuestras Hermanas encomienden á Dios á mi hija, porque lo necesita mucho.» A la Madre de Brechard. «¡Oh, y cuánta necesidad tiene mi Francisca de que se la encomiende á Dios! ¡El Señor la colma de felicidades! No la olvidéis, Hija mía, en vuestras oraciones (1).»

Y al mismo tiempo que pedía por todas partes los auxilios de la oración para sostener á su hija contra los encantos y seducciones que amenazaban su juventud, le escribía carta sobre carta para ilustrarla, fortificarla y recordarle los grandes principios cristianos con que la había educado desde su más tierna infancia. «Quiero creer, hija mía— le escribe,— que estás llena de gratitud por todas las prosperidades de que gozas, y que comprendes que no te las concede Dios para que las emplees en vanidades. Dime, mi muy querida hija, pero dime con verdad y entera franqueza, ¿qué piensas acerca de esto? Porque siempre temo que la abundancia de los bienes y grandezas de esta vida nos ofusque con su humo, y aun nos ahogue si no estamos muy vigilantes, acordándonos de su inconstancia y de la incertidumbre en que estamos de nuestra partida de este mundo, hora en que sin remedio tendremos que dejarlo (2).

A todas estas felicidades se juntaban, no obstante, algunas inquietudes en el corazón de Francisca. Después

(1) *Cartas nuevas*, edición Migne, págs. 1121 y 1122.

(2) *Idem*, id., id., pág. 417.

de haber dado á luz cuatro hijos, de los cuales, á la verdad, dos habían muerto, no tardó en estar embarazada del quinto; y como sucede algunas veces, el pensamiento de que después de éste vendrían otros, la llenó de turbación. Por una parte estos continuos embarazos la impedían gozar del mundo, al cual amaba un poco; por otra parte, miraba á lo porvenir, y temía que si tenía muchos hijos no podría establecerlos conforme á su clase. Oigamos con qué celo y con qué acento sostiene la Madre de Chantal á su hija contra tales debilidades, recordándole los graves deberes de la vida, la grandeza de su dignidad de madre, y cómo debe dejar en manos de Dios su porvenir y su alma. «¡Oh Dios! mi muy querida hija—le escribe— estáis muy aficionada á las cosas de esta vida; las tomáis con demasiado calor. ¿Qué teméis? ¿Que la multitud de hijos os quite la posibilidad de educarlos y colocarlos según su nacimiento? No temáis esto, os ruego, porque sería una injuria á la sabia Providencia de Aquel que os los da, y es bastante bueno, y bastante rico para proveerlos de cuanto es necesario para su gloria y salvación de estas criaturas. Esto es todo lo que debemos desear para nuestros hijos, y no aumentos de bienes y grandezas en este mundo miserable y perecedero.

»En fin, mi muy querida hija; recibid con mucho amor, y como que vienen de la mano de Dios, todas las criaturitas que os envíe; cuidadlas mucho, amadlas tiernamente, y educadlas enteramente en su santo temor y no en la vanidad, y ya veréis cómo haciéndolo así, y entregando á la divina Providencia toda vuestra solicitud, proveerá á todo con tanta suavidad, que no tendréis motivo sino para bendecirla y descansar enteramente en ella.

Creedme, mi muy querida hija; emprended animosamente el buen camino, servid á Dios, dejad la vanidad, vivid perfectamente con el esposo que Dios os ha

dado, aplicaos cuidadosamente al gobierno de vuestra casa, trabajad en esto, y tomad desde hoy las costumbres y el modo de vivir de una verdadera madre de familia (1).»

Estas advertencias tan sabias, tan sólidas, dadas—decía la Madre de Chantal—con un corazón tan lleno del deseo de la verdadera felicidad de su única, tan amada y querida hija, eran tanto más necesarias á Francisca, cuanto que Dios la colmaba, como ya hemos dicho, de toda clase de bienes, y el curso de los acontecimientos la colocaba cada vez más en medio del gran mundo. Después de un sitio y muchas campañas en que había desplegado raras y grandes cualidades de soldado y general, el Conde Toulangeón fué nombrado gobernador de Pignerol, y esperando el bastón de mariscal de Francia, que no podía escapársele, su tierra de Alonne fué erigida en condado (2).

Con esta noticia, la Madre de Chantal vuelve á tomar la pluma; sin duda se alegra de esta elevación y grandeza; pero confesemos francamente que está más inquieta que contenta. Teme que Francisca se deje llevar de los encantos del mundo, que descuide sus deberes de cristiana, y después de todo, ha oído decir que Francisca se ha vuelto burlona, satírica (Francisca tenía el carácter Rabutín), y tiene más miedo que nunca de que el orgullo y los encantos del mundo acaben por arrebatárle á su hija.

«Tengo noticias, hija mía, de que Dios derrama sobre ti—le escribe—la prosperidad á manos llenas, y quiero creer, para mi consuelo, que eres muy agradecida, y comprendes bien que no te la concede Dios para figurar, ni para emplearla en la vanidad, sino para adelantar en la santa humildad y en el amor de quien

(1) *Cartas nuevas*, edición Migné, pág. 1254.

(2) *Descripción del ducado de Borgoña*, por Courtepee; nueva edición, tomo III, pág. 158.

te la envía... Piensa, hija mía, que muy pronto será preciso dejarla, y fija tu atención en la dicha de aquellos que hayan estimado más la felicidad eterna que los momentos perecederos de esta vida caduca y miserable. Ya sabes, querida hija mía, que desde tu más tierna edad me he esforzado en grabar en tu corazón el amor á Dios, recomendándote encarecidamente te sometieras siempre á su voluntad. Dime, hija mía muy querida, qué piensas acerca de esto.» Y después de algunas palabras sobre el amor, el respeto y la obediencia á su marido, que tan acreedor es á ello, «¡ay!—dice—por Dios, hija mía, que la abundancia de los bienes y riquezas no te enorgullezca. Me dicen que eres algo burlona; créeme, hija mía, no te hagas notar sino por tu modestia cristiana, por tu dulce, afable y graciosa conversación con todos. La burla no conviene ni sienta bien á las de tu clase y edad. Trata de ganar y atraer los corazones por los medios que acabo de decirte, y que el juicio y la santa modestia sea lo que más sobresalga en ti. Recibe estos consejos como de una madre que quiere ser perfecta en tu clase y estado.»

He aquí lo que es ser verdadera madre, á nuestro modo de ver. A este gran nombre, á esta dignidad sublime de madre, no le basta el corazón sólo; necesita el alma toda entera, y no un alma cualquiera, sino un alma completamente cristiana. No es nada amar á sus hijos, ó más bien, no se les ama si no se sabe educarlos hasta el fin, protegerlos contra los peligros del mundo, defenderlos de sí mismos, impedirles desmayar, ayudarles á elevarse y volar hacia Dios. Esto es lo que la Madre de Chantal comprendía admirablemente, lo que hizo hasta su último suspiro, sin que este celo, esta vigilancia, esta atención al negocio y á los intereses eternos perjudicase en lo más mínimo al afecto humano, digámoslo así, de su corazón maternal.

Podemos dar de ello una prueba muy exacta. La

venerable Madre de Chantal hizo pocos milagros en su vida, pero los mayores y más célebres los hizo en favor de sus hijos y de sus nietos. Acabamos de ver á Francisca en 1622 arrastrarse de rodillas para recibir á su buena madre, y alcanzar por sus ruegos el feliz nacimiento de Gabriela, después de dos funestos partos. Posteriormente, como la delicada salud de uno de sus hijos la hiciese pasar continuos sustos, hacía que se le llevase á menudo á su Santa madre, «á fin—decía—que la que me ha dado la hija me conserve al hijo (1).» Y muchos años después, en 1636, hallándose este mismo hijo tan á los últimos, que se esperaba exhalase de un momento á otro su último suspiro, ¿qué hizo aquella madre desconsolada? Subió en su coche, y fué corriendo á Autun, en donde estaba entonces la venerable Madre de Chantal, la cual, conmovida hasta el fondo de su alma con el dolor de su hija, aunque sus cartas de obediencia no expresasen que podría detenerse en otra parte que en los monasterios, cediendo á un movimiento de ternura partió al instante para Alonne; y, ¡cosa admirable, permitida por Dios para glorificar el amor materno en aquella mujer incomparable! apenas hizo la señal de la cruz en la frente de su nieto, quedó repentinamente sano.

Mientras que la venerable Madre de Chantal empleaba todo su celo y procuraba con todo su corazón que Francisca fuese una verdadera cristiana, no olvidaba tampoco á Celso Benigno. Había tenido la dicha, como ya hemos referido, de hacerle contraer un buen matrimonio. Además de la nobleza de su cuna y de su rara belleza, María de Coulanges era una joven piadosísima y de carácter muy dulce, y por lo tanto muy á propósito para contener á Celso Benigno y hacerle feliz al mismo tiempo. Así, que la venerable Madre de

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 179.

Chantal, tranquila por esta parte, bendecía á Dios por haber dado á su hijo tan excelente compañera, y quería á María de Coulanges con el cariño más tierno y elevado, como á esposa de su hijo querido, y como al ángel de la guarda de su alma preciosa (1). Sin cesar le da testimonios de su afecto. «Estoy impaciente por tener noticias de nuestra amable y muy amada hija — escribe á la señora de Coulanges;—estad cierta que la tengo siempre en medio de mi corazón; Dios le conceda un feliz parto (2)» Y cuando sabe que su nieta ha muerto al nacer, ¡con qué gracia asegura á la joven madre, que no por esto la amaré menos! «Ciertamente, debemos bendecir á Nuestro Señor, que ha querido llevarse esa niña al Paraíso, en donde alabará eternamente su bondad, y rogará por sus queridos padres. El Señor le dará otros hijos, si tal es su voluntad santísima; pero no penséis que por este triste acontecimiento he de querer menos á esta amada hija; ¿y por qué había de hacerlo? ¿No tiene la pobre bastante disgusto con faltarle su hija? Bastante consuelo es para todos saber que está buena, y que, mediante Dios, pronto nos dará otra criatura (3).»

Y cuando Dios le dió otra—que fué la Marquesa de Sevigné—¡en qué términos tan afectuosos escribe también á la misma señora de Coulanges! «Ruego sin cesar á nuestro buen Dios se digne conservar á vuestra querida hija, y darle un feliz alumbramiento. ¡Oh Dios mío, señora mía; y cuánto amo yo á esa amable criatura! Ciertamente puedo aseguraros es muy grande el cariño que le profeso: amadme á mí un poco, os ruego, en la persona de mi hijo (4).»

Sería preciso leer todas las cartas de la Madre de

(1) *Carta al Sr. de Fremiot*, Mayo, 1625.

(2) *Cartas antiguas*, carta CII bis.

(3) Carta CIII.

(4) Carta CIV bis.

Chantal á los señores de Coulanges, para conocer bien el corazón de la Santa. Los colma á los dos de mil testimonios del más vivo afecto, y profundamente conmovida por lo que hacen en favor de su hijo, agota todos los términos del reconocimiento para manifestarles su gratitud.

No obstante, Celso Benigno, á pesar del tierno amor que profesaba á su esposa, y el respeto y reconocimiento que tenía á sus suegros, y aun de las cualidades eminentes de su corazón, era para su familia un motivo continuo de angustia. Su carácter burlón y mordaz, su franqueza, que llegaba á ser hasta brusca, dura é insultante; su afición á las aventuras y sus peligrosas amistades, le arrastraban continuamente á desafíos, de los que salía siempre bien por su destreza en el manejo de las armas, y lleno de gloria por lo que despreciaba el peligro, pero en donde arriesgaba su alma, y donde, bajo el gobierno de un hombre como Richelieu, iba á jugar muy pronto su cabeza.

Uno de estos desafíos metió mucho ruido. Celso Benigno acababa de comulgar en su parroquia el día mismo de Pascua, con su joven esposa y la familia de Coulanges, cuando entró un lacayo en la iglesia, y fué á decirle que Butteville de Montmorency, su amigo, le esperaba en la puerta de San Antonio, y le necesitaba para que fuese su padrino contra Pont-Gibaud, de la casa de Lude. Al momento sale Celso Benigno de la iglesia, y con su traje de terciopelo negro corre al lugar de la cita, y se bate con el valor y fortuna acostumbrada. Júzguese del ruido y escándalo que produciría este suceso. Los predicadores hablaron de este lance en el púlpito; el Rey se irritó mucho, y Celso Benigno tuvo que salir de París á toda prisa y retirarse á Borgoña, donde su cuñado el Conde de Toulangeon le escondió en Alonne. Algún tiempo después volvió á París, y poco á poco á la corte, «donde el Rey, poco ce-